



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

#### AÑO 2.º—NÚMERO 14.

DIRECTORA.  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

#### SUMARIO.

La Patrona de la aldea, tradicion, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una herencia de llanto, por id.—A los padres de A..., poesia, por D. José Salvador de Salvador.—Solo un Dios y solo un culto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Bien venida, poesia, por D. Matias Pastor.—Seccion para los niños: Dos flores de un mismo tronco, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

### LA PATRONA DE LA ALDEA.

#### TRADICION.

(CONCLUSION).

Ni una moneda siquiera habia logrado recojer. Su vocesita de ángel no habia podido conmo-  
ver ningun corazon.

En vano la pobre criatura habia corrido de puerta en puerta pidiendo una limosna aquel dia: la santa caridad no sonrió una vez siquiera con inefable alegria, al ver que la dádiva del rico aliviaba el dolor de aquella niña.

El duro suelo, la inculta tierra habia sido para ella mas compasiva que el pecho de los hombres, pues la hija de María traia en su mano una hermosa vara de azucenas blancas, perfumadas,

emblema de la pureza de su alma, cojidas por ella en el fondo del valle.

Aquellas azucenas, extrañas en semejante época del año, eran la única ofrenda que la triste niña podia llevar á la Madre de Dios, en nombre de su madre, próxima á morir aquel dia.

Mas ¡ay! la pobre criatura, vencida por el cansancio y la debilidad, se quedó dormida al pié de la cama de la enferma con sus hermosas flores en la mano, mientras la moribunda, abrasada por la fiebre, cerró tambien los ojos y se quedó ale-  
targada murmurando las postreras palabras del Ave-maria.

Trascurrieron algunas horas.

¿Cuántas? aquellas infelices no pudieron saberlo, porque acaso el ángel portador de las misericordias del Eterno, las cubria con sus alas en aquellos momentos para dar tregua á sus dolorosos sufrimientos.

De pronto, el eco de mil voces lanzando una sola exclamacion, llegó en alas de los vientos hasta la pobre cabaña de María.

Una multitud inmensa, ebria de amor, de fe y de entusiasmo recorria las calles del pueblo.

Las jóvenes, con sus vistosas sayas de mil colores, sus blancos pañuelos, sus dijes, sus colla-



res, sus flores, se asemejaban á un verde prado sembrado de rosas, mecidas y agitadas en aquel momento por las suaves brisas de los campos.

Los hombres, con sus airosos trajes de fiesta y con el rostro animado y alegre, se arremolinaban á la puerta del templo disputándose el derecho de llevar un extremo de las andas de la hermosa patrona, ó de ocupar el puesto mas cercano á ella.

Un centenar de muchachos, cojeando unos por la presion con que sus gruesos zapatos mortificaban sus piés, descalzos casi todo el año, ó agobiados otros por el peso de un sombrero que llevan por primera vez, gestionan tambien en ademan nada pacífico sobre á quien corresponde llevar el estandarte, las manguillas y los faroles de la procesion.

Las campanas repican con estruendo: las músicas llenan el espacio, y un *viva* inmenso, atronador, domina todos estos diversos sonidos, cuando en la puerta del templo, hermosa sobre toda hermosura, bendita, celestial, purísima, haciendo latir todos los corazones, y arrancando á todos los ojos lágrimas de amor y santa alegría, aparece la Reina de los Ángeles, aparece la Madre de los hombres, aparece la imagen de la augusta Virgen en su advocacion de la Encarnacion, patrona y amparo de la cristiana aldea.

¡Qué hermosa va!

La luz del sol ciñe de ardiente claridad su rente.

En sus ojos parece que brilla una lágrima de amor castísimo para los que así la aman.

En su entreabierta boca vaga una sonrisa al ver la sencilla adoracion de que es objeto, mientras su labio, en que se detiene la brisa como sobre una rosa á medio abrir, acaso formula una bendicion para aquellos hijos que se agrupan en torno suyo!

Aclamaciones, lágrimas, súplicas, oraciones, circundan á la divina Señora, que va sembrando con su presencia consuelos, esperanzas y santa felicidad!

Ya se adelanta, ya cruza las calles del alegre pueblo, mil veces mas alegre con la presencia de su Madre.

¡Cuántas peticiones, cuántos ruegos, cuántas plegarias cruzan el espacio en aquel momento, en que los cielos están abiertos para enviar sobre la tierra gracias, dones, alegrías y paz!

Mas ¿qué sucede? por qué la multitud llora y se extremece?

¿Por qué se detiene el santo cortejo? por qué la procesion se para un momento?

¿Por qué todas las bocas contienen el aliento, mientras que algunos mas próximos á la Vir-

gen gritan con acento entrecortado y estentoreo, pálidos de emocion y de santo asombro: ¡Milagro! ¡Milagro!

¡Ay! que la Reina de los Ángeles ha escuchado la voz de la inocencia y de la miseria, y no quiere pasar de aquel sitio sin consolar al que la invoca.

Sorprendida por el ruido y por las músicas, Encarnacion ha despertado de su sueño, y ha corrido hasta la puerta medio dormida aun.

Mas al fijar sus ojos en la imagen que en aquel momento detenian ante su miserable casa, una exclamacion inexplicable se escapa de los labios de la niña, que grita en medio de su trastorno:

—Madre, madre, ven! ven y mira: mira mis flores, aquel ángel las lleva; aquel ángel tan hermoso se las da á la Virgen! son las que yo cogí, las que tenia aqui hace un momento! ven, madre, ven!

Y María, olvidando sus dolores, saliendo de su lecho, como Lázaro de su tumba, á la voz de su hija, se levanta, corre hácia la niña, y exclama sin darse cuenta de cuanto la cerca:

—Tus flores! tus flores! ¿no las has llevado?

—No, no.

—¿Las tienes aun?

—¡Oh! no.

—¿Pues dónde están?

—Míralas, míralas, allí van.

Y María alza la vista y la fija en la que es consuelo de afligidos, y las rosas de la salud coloran sus mejillas, y la fuerza circula por sus venas; la enferma sana, y la muerte que aguardaba su presa, se replega y huye vencida por la que es salud de los enfermos y fuente inagotable de gracia y de vida!

Y fuese ilusion ó fuese realidad, ve que las azucenas de la niña se ostentan en la mano de un ángel que las ofrece á la Madre de Dios.

¡Entre el perfume de aquellas flores misteriosas iban envueltas sus plegarias, y sus plegarias han sido escuchadas!

¿Quién las habia llevado ante la divina imagen? ¿quién las habia sacado de la pobre cabaña para ponerlas en aquel altar?

¡Ay! que eran la expresion del amor de una niña, y el amor y la fe se alzan por sí solos á la presencia de Dios!

—¡Madre mia! ¡bendita seas! exclama María cayendo de rodillas, y la multitud sigue gritando: ¡Milagro! ¡Milagro! y la niña, que iba á quedar huérfana, tiene dos madres en vez de una.

¡Oh! ¿qué mas podré decir?

Dios no da jamas los bienes á medias; la divi-



na Virgen Maria remedia los males por completo.

La pobre moribunda, que por su intercesion recobra la salud tan repentinamente, sale tambien de su miseria por ella.

La caridad termina la obra de la fé.

Desde el instante en que los buenos habitantes de la aldea, ven la visible proteccion que su amada Reina ha dispensado á Maria, todos quieren mejorar su suerte, y su cabaña, antes tan pobre y desprovista, se llena en breve con los dones de la piedad cristiana. En adelante no faltará pan ni trabajo á la pobre viuda ni á su tierna hija.

¡Oh, Maria! Madre del amor, Reina de la misericordia, Iris de la esperanza ¡bendita seas!

Bendita seas en todas tus advocaciones, bendita seas bajo todos tus títulos! Bendita seas iluminando la tierra y alegrando el cielo. Salvando al náufrago como estrella del mar; amparando al que sufre como consuelo de afligidos; convirtiendo al culpable, como Madre del pecador; sanando al enfermo, como manantial de salud, y protegiendo al niño como reina de la inocencia.

Bendita, bendita seas mil veces, ora encarnando al Verbo en tus entrañas, y haciéndote madre de Dios para cooperar á la redencion del mundo; ora al pié de la Cruz, haciéndote madre del hombre para ampararle con tu amor.

**Enriqueta Lozano de Vilchez.**

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

**Novela original.**

(Continuacion).

La hija del guarda-bosque pasó mucho tiempo entregada al pesar que la anterior escena habia producido en su alma.

El terror de su padre al ver su frente cubierta de sangre, el nombre del conde Arturo de Fuentisanta pronunciado por él en medio de su trastorno: nombre que ella recordaba haber oido en una historia pasada, pero lúgubre y sombría como la desgracia ó como el crimen: aquel dinero, la duda, el temor, todos aquellos incidentes la trastornaban de tal modo que no sabia qué hacer ni qué resolucion adoptar.

Por un momento pensó en revelárselo todo á Adriana, único ser á quien debia cariño, amparo, proteccion!

Pero despues, un sentimiento de temor la contrajo; ¿cómo manifestar á otra las sospechas que abrigaba en contra de su padre?

Dando mil y mil vueltas en su imaginacion á

sus recuerdos, pensó que solo una persona podia darle alguna luz sobre el pasado.

Esa persona era su prima Teresa, pues ella la habia referido algunas veces los detalles de un asesinato cometido en el bosque muchos años antes.

Andrea no habia prestado gran atencion á las frases de su prima, cuando la hablaba de esto; niñas ambas, solo se ocuparon de ello como de un suceso que les causaba espanto, y que acaso sus madres habian inventado para asustarlas é impedirles correr de noche por el valle.

Pero ahora era diferente.

Veía algo de cierto en aquel relato, y lo que era peor aun, con aquella siniestra realidad se mezclaba tambien el pasado de su padre.

La niña se decidió al cabo á saberlo todo, á analizar, á averiguar la verdad.

Tomó, pues, un partido, y se resolvió á no perder mas tiempo y á ir á la casa de su prima.

—De todos modos, pensó, yo debia encaminarme allá para saber algo del señor Armando; ahora esta visita tendrá un doble objeto: será por mi señorita y será por mí.

Levantóse, abrió una grande arca que le servia de guarda-ropa, y sacó de ella un pañuelo que prendió á su cabeza, y una especie de esclavina que echó sobre sus hombros.

Después miró al cuarto donde se hallaba su padre, y vió que este dormia con un sueño intenso y pesado.

—Muchas horas tardará en volver en su acuerdo, murmuró; cuando se le pase la embriaguez ya estaré yo de vuelta, y si nó, bastarán para disculpar mi salida los golpes que acaba de darme. Diré que tuve miedo y hui; esto es muy natural, como lo es tambien que fuera en casa de Teresa mejor que á parte ninguna. Sobre todo ¿qué era lo peor que podia sucederme? ¿que me maltratara de nuevo? esto nada importa; si es inocente, yo bendeciría á Dios y recibiría los golpes contenta; si es criminal.... ¡oh! si es criminal ¡qué mayor dolor que el que me causaria descubrirlo!

La niña abrió la puerta resueltamente y salió de la habitacion, cerrando de nuevo y guardando la llave en el bolsillo.

Una vez fuera de su casa, Andrea atravesó el patio de la quinta, sin que nadie la viese, y se halló en medio del campo cuando la campana del reloj acababa de marcar las dos.

Rápida como el relámpago emprendió su camino, y algunos minutos despues, su falda de vivos colores no se distinguia desde los balcones de la heredad.

La niña era ágil y lijera, y estaba acostum-



brada al ejercicio de los campos; por otra parte una impaciencia terrible la dominaba y daba lijereza á sus pequeños piés, de modo que dos horas despues de su salida distinguió á lo lejos, en el fondo del valle el humo de la chimenea, cuya llama tal vez avivaba Teresa.

Esto hizo que doblara sus pasos, y un minuto despues pisaba el dintel de la casa de su prima.

Una doble exclamacion de alegria anunció su llegada, y una jóven de su misma edad casi, rubia, blanca, aunque tostada por el sol; con magníficos ojos azules, y labios rojos y sonrientes salió á su encuentro, y precipitándose en sus brazos exclamó con gozoso acento.

—¡Andrea! ¡Andrea! ¿tú aquí? ¡qué alegria! madre, madre, aquí está mi prima, la hija del tío Martin.

—¿Cómo! ¿es posible? preguntó una voz desde el interior de la casa; ¿es posible! y una mujer jóven aun, de fisonomia franca y bondadosa, y vestida con el traje de las montañesas de Aragon.

Apareció en medio de la cocina, que segun la costumbre del pais, era la pieza primera y mas extensa de la cabaña.

—Sí, tia Inés, yo soy; gritó Andrea arrojándose en sus brazos: yo soy.

—Pero muchacha, tú sola, con este tiempo....

—¡Bah! hoy hace un buen dia, mi amada tia: no ha llovido en toda la mañana.

—Es verdad; pero anoche los caminos estaban intransitables.

—Un poco; pero yo estoy acostumbrada y no me cuido de eso.

—¿Y cómo ha sido el venir?

Andrea, en su prisa por llegar, no habia pensado en justificar su presencia allí, y se quedó turbada un momento.

—Yo le diré á V., balbuceó tímidamente; mi padre....

—Estará en el bosque? yo lo creo, esa es su obligacion; y tú, aprovechándote de su ausencia....

—Eso es, he venido á verlas á Vds; ¡hacia tanto tiempo que no daba un abrazo á Teresa...!

—Bien, bien, ya sé que os quereis mucho; pero....

—Mi padre está.... es decir, ha ido hoy con otros criados de la hacienda á.... yo no sé! pero quizá no vuelva en todo el dia y por eso....

—¡Cuánto me alegro! exclamó en aquel instante Teresa, abrazando de nuevo á Andrea y librándola de este modo de que su madre notara su turbacion. Comerás con nosotras y te estarás aquí hasta la puesta del sol, ¿no es cierto?

—Sí, sí respondió Andrea.

—Pero siéntate y descansa; vendrás rendida.

—No, señora.

—No me sucede á mí lo mismo, dijo suspirando Inés; no me sucede á mí lo mismo, pues como todos los dias tengo que ir al pueblo inmediato á traer las provisiones para el forastero....

—Segun eso, ¿no se ha marchado aun? preguntó Andrea aparentando indiferencia.

—No; no creo que piensa hacerlo en algun tiempo.

—¿Vive allá abajo como siempre?

—Sí: en aquel casaron medio arruinado, que mete miedo con solo verle.

—¿Y por qué vive en él?

—No sé, caprichos: mas tú no habrás comido, hija mia.

—No, señora; se apresuró á decir Andrea.

—Pues voy á darte alguna cosa; espera, bajaré á la despensa, pronto vuelvo.

La niña no puso obstáculo alguno al ofrecimiento de su tia, pues anhelaba quedarse á solas con Teresa.

Cuando salió Inés,

—Tengo que hablarte, la dijo rápidamente.

—Nada mas fácil, respondió ésta.

—¿De qué manera?

—Rogaré á mi madre que nos deje ir á la casa del señor Armando, con el pretexto de arreglarla y de enseñarte las flores del huerto, y ella consentirá.

—Pero ese señor Armando...?

—¡Oh! nada temas: él sale y no vuelve hasta la noche.

—Allí podremos hablar libremente cuanto quieras.

—Pues hazlo así é insiste mucho para que ceda mi tia.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## Á LOS PADRES DE A.....

### MUERTA EN LA INFANCIA.

Las almas de los niños van al cielo  
sin tener que pasar  
pena en expiacion de culpa alguna.

¡Con los ángeles van!

Llorar su muerte es maldecir su triunfo.  
es su gloria llorar;  
es ofender á Dios, que quiso darles,  
pronto, vida inmortal.

Grande, profundo, intenso, indefinible.  
vuestro dolor será;



pero el bien que disfruta vuestra hija  
es todavía mas.

¿Qué le esperaba aquí? ¿Vuestro cariño?  
¿Vuestros desvelos? ¡Ah!...  
¡Lago de goces que la vida enturbia  
con su viento letal!

¿Qué tiene allí? ¡Venturas infinitas!  
¡Beatitud! ¡Santidad!  
¡Mares de amor, sin mónstruos, ni borrascas!  
¡Delicias sin afán!

¡Cielos sin tempestades! ¡Luz sin sombra!  
¡Eterno bienestar!  
¡Eterno sol! ¡Eterna primavera!...  
¡Dichosa eternidad!!

Granada: Julio: 1876.

José Salvador de Salvador

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«Al recuerdo de mi hija mi corazón y mi pensamiento se apartaron del áspero sendero que seguían, y la ternura y el amor que anidaban en él se desbordaron y lo inundaron todo junto á mí, como las cristalinas aguas de una fuente que ya no caben en la taza que las contiene, y corren puras, y frescas, y transparentes fecundándolo todo en torno.

«Creí escuchar en el fondo de mi alma una voz dulce y armoniosa, que no en mi oído, sino en mi corazón, repetía muy quedo estas palabras: —Yo soy el ángel destinado á guardar á tu hija mientras habite en este mundo; yo soy el que en mis alas bajé su alma desde los cielos hasta tu hogar, cuando tú le dabas la vida. Lucha por ella y no temas, que también estoy contigo, y te daré fuerza y valor para vencer. Dios puso bajo tu amparo á esa niña: guía su espíritu hasta Él, cuya ley y cuya doctrina es una, sola, indestructible. La misión de las madres es devolver á Jesucristo limpias, impecables ó purificadas las almas de los hijos que se les confían!»

«Cansado acaso de aquella polémica y no queriendo prolongarla más, Héctor salió de la habitación, dejándome con las mismas dudas y los mismos temores.

«Yo juzgaba que mis palabras habrían influido algo en su modo de juzgar, pero me engañaba dolorosamente al creerlo así.

«Mi único afán, mi solo deseo era que mi pequeña hija fuera regenerada con las aguas del bautismo, y que me fuese permitido educarla en las máximas de la Iglesia católica.

«Yo esperaba que aquel ángel intercediese también ante Dios por su pobre padre.

«Pero ¡ay! Héctor desoyó tenazmente mis ruegos, y los días pasaban y yo no sabía qué partido adoptar.

«El amor que tenía á mi esposo, aquel amor fatal, causa de mi desgracia, me impedía confiar á nadie mis penas, y por otra parte, desde mi casamiento no tenía amigos, ni frecuentaban mi casa otras personas que las conocidas de Harry, cuyas ideas eran las suyas.

«Solo una de nuestras criadas parecía amarme mucho y compadecerme en silencio, aunque jamás se atrevió á manifestarme abiertamente la lástima que la inspiraba.

«Ya dudaba yo de abrir mi corazón á aquella pobre mujer que me daba pruebas de fidelidad y discreción, cuando una circunstancia inesperada vino á favorecer mis deseos.

«Mi esposo me anunció que debíamos separarnos por algunos días, pues sus asuntos particulares le obligaban á ello: y yo, que siempre había mirado con pena estas ausencias inexplicables para mí, las bendije entonces como un favor visible del cielo.

«En efecto, Héctor salió aquella noche de Madrid.

«Nuestra despedida fué triste.

«Mi esposo parecía preocupado, y en sus últimas palabras había algo de temor, algo de pensar que no supe comprender.

«Sin embargo, yo le vi partir contenta.

«Aquella tarde llamé á Rosa, la criada de que hablé antes, y me encerré con ella en mi tocador.

—«Rosa, la dije; si yo necesitase de tí, si me viese obligada á pedirte un servicio muy grande, ¿podría contar contigo?

—«¡Oh! me respondió sin manifestar extrañeza alguna; la señorita puede estar segura de mi fidelidad y mi cariño.

—«Es que es un secreto entre las dos el servicio que exijo de tí.

—«No importa, yo soy callada, hasta el extremo de haber visto á V. sufrir y llorar, y no haberla preguntado la causa, á pesar de adivinarla y saber su remedio.

—«¡Ah! tú sabes....

—«¡Ay, señorita! ¿á quién puede ocultársele lo que está V. sufriendo?

—«¡Cómo!

—«V. es buena, piadosa: yo la he visto rezar muchas veces y debe sentir....



—»Sigue.

—»Yo soy una pobre mujer que nada sabe....  
»que no puede juzgar.... pero ¡esa niña sin bautizar todavía!

—»¡Ah!

—»Es preciso que esto la tenga á V. sin sueño.

—»Tienes razon.

—»Porque V., á pesar de ser su esposa, piensa  
»de otro modo que el señorito; ya se vé, una oye  
»sin querer, y sabe....

—»Pues bien, la dije sin dejarla acabar; ¿quiere  
»acompañarme esta noche y ambas llevaremos  
»mi hija á la iglesia?

—»¿Que si quiero? con toda el alma; y avisar á  
»los padrinos, y....

—»¡Ay de mí! ¡mi hija no los tiene! exclamé  
»con amargura.

—»¿Que no? pues es preciso buscarlos.

—»Tú lo serás, Rosa; tú lo serás si quieres  
»prestarme tal favor.

»La pobre mujer quedó parada un instante; en  
»su sencillez no podia creer que yo la quisiese  
»para madrina de mi hija.

»Y sin embargo, ella sola podia llevarla á la  
»pila bautismal con el secreto necesario: ella  
»sola podia valerme en aquellas circunstancias.

—»¿Aceptas? la dije con una ansiedad que no  
»podia dominar.

—»Sí, sí, me contestó con los ojos arrasados  
»en lágrimas; sí, señora: yo llevaré á la niña: yo  
»seré su madrina, y aunque soy una infeliz mu-  
»jer, le juro á V. ante Dios que cumpliré siem-  
»pre los deberes que esto me impone.

»Entonces entre una y otra combinamos los  
»medios de llevar á cabo nuestro propósito con  
»el mayor secreto.

»Ella salió de casa y fué á avisar á la parro-  
»quia inmediata para que todo estuviese dis-  
»puesto.

»Cuando anocheció, buscó un coche de plaza.  
»y bajo el pretexto de salir á compras, tomó á  
»mi hija en los brazos, cubríme yo con una man-  
»tilla, y ambas nos dirigimos al templo, ocultán-  
»donos de todos como el que va á cometer una  
»mala accion.

»Llorando de pesar y de alegría á la vez, asistí  
»á la ceremonia religiosa, en que mi hija fué ad-  
»mitida en el seno de la Iglesia.

»¡Oh! qué situacion la mia tan distinta de la  
»de otras madres, para las cuales en esos mo-  
»mentos todo es regocijo y felicidad!

»Y cuán diferente tambien la suerte de mi po-  
»bre ángel al ser presentado á los piés del altar!

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## BIEN VENIDA...

Á LA SEÑORITA EDUARDA PLÁ.

Dulces, tiernas endechas  
Trovas enamoradas  
De amores perfumadas  
Llegaron hasta mí.

Alegres golondrinas  
Trinaban dulcemente,  
Porque resplandeciente  
Un sol brillaba aquí.

Y un pálido horizonte  
De triste desventura  
Cubrióse de ventura  
De célico fulgor.

Y allá una voz sonora  
De vívida esperanza,  
Repite en lontananza  
Los ecos de su amor.

Era una brisa amante  
Que alegre saludaba  
La aurora, que asomaba  
Bordada de zafir.

Porque son sus hechizos  
Casta y bendita palma,  
Donde se aduerme el alma  
Soñando un porvenir.

Si alguna vez errante  
El arte se perdiera,  
En ella renaciera  
Porque ella es su ideal:  
Porque es la flor purísima  
Que en el desierto brota  
Llena de esencia ignota  
Y gala celestial.

Por eso no le extraña  
Si canto su belleza,  
Su virtud, su pureza,  
Su angélica bondad.

Amante de lo bello,  
Cantar es mi destino,  
Y ensalzo su divino  
Candor y su beldad.

Matias Pastor.

Villacarrillo: 1876.



## SECCION PARA LOS NIÑOS.

## DOS FLORES DE UN MISMO TRONCO.

(Continuacion).

Justo y Pastor permanecian arrodillados aun cuando la puerta de la estancia se abrió, y una mujer de aspecto dulce y de semblante bondadoso, apareció en el dintel.

Era la madre de los dos niños.

Al ver á sus hijos en aquella actitud, un sentimiento de inexplicable gozo llenó su corazon, porque aquella mujer era cristiana.

Cristiana ferviente, alma creyente y confiada y santa, que hubiera preferido morir mil y mil veces antes de faltar á uno solo de los preceptos de Dios. Cristiana de corazon que hubiera derramado su sangre toda en defensa de sus santas creencias.

El ruido que hizo la puerta al abrirse sacó á los niños de su distraccion: volvieron la cabeza, y se levantaron para correr á recibir la bendicion de la que les habia dado la vida.

Ella les besó con efusion y ternura: con la ternura de una madre, y despues de pasar su mano por los blondos rizos de sus hijos.

—Vamos, dijo, terminad vuestras oraciones, que el almuerzo os espera ya, y se hace tarde para ir á la escuela.

—Sí, respondió Justo; se hace tarde, anda, hermano mio.

Bajaron precedidos de la madre, y entraron en el modesto comedor donde, sobre una mesa cubierta con un blanco paño de lino, les aguardaba un frugal almuerzo.

Justo y Pastor comieron poco.

Á pesar de su corta edad les preocupaba el proyecto que habian concebido y que guardaban como un secreto.

La madre, ocupada en el cuidado de su hogar no reparó en ello.

Cuando los dos hermanos terminaron, se levantaron del asiento, cogieron las carteras en que encerraban sus libros de estudio, y se dispusieron á salir.

Ya cerca de la puerta, Justo dijo muy bajo á su hermano:

—Despidámonos de nuestra madre; ya no la volveremos á ver.

Pastor fijó en él su inocente mirada y le respondió:

—Sí, hermano; la veremos pronto en el cielo: los que son buenos van allí, y nuestra madre es buena, muy buena.

—Tienes razon, contestó Justo.

—Además, murmuró el tierno Pastor; yo le diré á la Virgen que la gloria no será gloria para mí si no está allí mi madre, y ella nos la llevará en breve, porque nos querrá mucho; ¿no es verdad que nos querrá mucho porque vamos á morir por amor de su hijo?

—Sí, sí, respondió Justo.

—¿Por qué os deteneis? preguntó la madre viéndoles parados en el dintel.

—Pensábamos, murmuró con voz dulcísima el niño; pensábamos que no nos habias dado un beso de despedida, y dudábamos de marchar sin haberlo recibido.

Una alegria inmensa brilló en el rostro de aquella madre venturosa, y alriendo los brazos recibió en ellos á ambos niños, llenándoles de apasionadas caricias.

¡Ay! la infeliz no sospechó que aquel abrazo era el postrero, ni notó la gota de llanto que empañaba las pupilas de sus hijos, cuando al cruzar ya el dintel de la puerta se volvieron de nuevo para decirle adios!

En medio de una ancha plaza y rodeado de soldados y de guardias, se habia situado un tribunal para juzgar á los cristianos.

Con el objeto de dar mayor publicidad al rigor ejercido contra los hijos de Cristo, los gobernadores y los representantes del César, los juzgaban en los parajes mas céntricos, y en medio de los sitios mas concurridos, desplegando todo el aparato de la fuerza y del poder.

Sobre un estrado, pues, levantado del suelo lo suficiente para que la multitud viese, sin perder un detalle, á los jueces y á los acusados, á las víctimas y á los verdugos, se alzaba un magnifico dosel de brocado rojo recamado de oro, que cobijaba bajo sus amplios pliegues el asiento del gobernador.

Á su derecha, sombríos como el remordimiento y terribles como la muerte, se hallaban media docena de sayones, verdugos y atormentadores, esperando una seña de su dueño para cumplir su odioso deber.

Á la izquierda los jueces interrogadores aguardaban tambien una palabra para preguntar y examinar á los cristianos, y para hacerles brillantes ofertas y magnificas promesas, si abjuraban de su fé y sacrificaban á los dioses.

Una muchedumbre inmensa llenaba la plaza y obstruía las boca-calles que afluián en ella, cuando Justo y Pastor llegaron allí atraídos por su deseo de dar su vida por Jesus.

Dos ó tres mártires, confesores de las doctrinas de la Cruz, se hallaban en manos de los ver-



dugos, que los atormentaban sin piedad.

Un silencio profundo reinaba en el espacio.

En medio de la multitud de seres que presenciaban el sangriento espectáculo, se hubieran podido escuchar los latidos de cien corazones, el crujido de las ruedas del tormento, y el sonido de las carnes desgarradas y de los miembros rotos.

Los dos niños se abrieron paso á través de aquella muralla humana, y protegidos por su corta edad y por su agilidad infantil, llegaron al centro de aquel círculo, y muy cerca del tirano.

En la cándida fisonomía de Pastor se pintó una expresión de terror infinito al ver aquel aparato, aquella sangre; pero pasó rápida como el relámpago, dejando su lugar á un afán infinito, á una decisión irrevocable.

Justo también sintió que sus rodillas vacilaban y que sus ojos se oscurecían.

¡Eran tan niños ambos hermanos!

Sin embargo, ni su fe ni su esperanza vacilaron por un instante.

Cogidos de las inocentes manos se adelantaban lentamente sin pronunciar una sola palabra.

De pronto una voz dulcísima rompió aquel imponente silencio.

Era una joven cristiana que daba un adiós á la vida, invocando el sagrado nombre de la Madre de Jesús.

—¡María, Reina de las Vírgenes, exclamó con firme acento, al exhalar el último suspiro; tú me sostienes y me has dado valor; ¡bendita seas!

—¡Bendita sea! gritaron los dos niños, sin ser dueños de contenerse al escuchar el nombre de María; ¡bendita sea!

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## VARIETADES.

### PODER DEL ARREPENTIMIENTO.

Las cosas santas se deben leer con el mismo espíritu con que fueron escritas. Si os falta la fe, dejad de leerlas; vuestra escéptica sonrisa es demasiado fácil y vulgar para ser de buen gusto ni de buen tono.

(JULES JANIN).

No tiene el corazón peor enemigo que la cabeza.

(ALEXANDRE DE LAVERGNE).

Había un señor, rico y poderoso, que vivía en su castillo, del cual no salía sino para guerrear, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos y robar á los viajeros. Era tan malvado y cruel que nada humano le había quedado en su corazón mas que el amor á su mujer, apacible y bella criatura, que pasa-

ba los días y las noches llorando las maldades de su marido, y pidiendo á Dios que se las perdonara. En vano su marido la rodeaba de cuantos goces dan el lujo y la riqueza; de nada disfrutaba la humilde señora, nada quería, nada deseaba, sino la conversión de su marido.

En una espantosa noche de invierno en que el cielo, desencadenando tempestades, parecía querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea, en que ardía una brillante hoguera. El viento mugía entre las torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas como espíritus malos; todos los vivos buscaban un abrigo contra la inclemencia de aquella lóbrega noche. El señor del castillo aun no había vuelto de su correría, y su angustiada esposa rezaba.

Oyóse llamar á la puerta, y poco después un criado entró en la estancia y dijo á su ama que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frío y de necesidad, perdidos en aquel país agreste, pedían ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en un establo. La buena señora se sobrecogió, porque sabía que su marido odiaba á los religiosos; y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevía á hacer sin su beneplácito. Pero ¿cómo rehusar á los santos varones una súplica tan humilde?

—El señor no lo sabrá, dijo el buen criado, que al ver á su señora suspensa, adivinó sus pensamientos: al rayar el día se irán.

La castellana consintió en ello, encargando al criado que los escondiese en la caballeriza mas apartada.

No bien hubo salido, cuando sonó una trompa, y el galope de los caballos anunció la llegada del señor. A poco rato entró, y después de haber trocado su armadura manchada en sangre, con un rico vestido de seda forrado de ricas pieles, se sentó con su mujer á una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bujías blancas, finas, suaves como vírgenes, exparcían su melancólica y pura luz.

La castellana, ricamente prendida con un traje de terciopelo verde bordado de oro y pedrería, no comía; el resplandor de las luces se reflejaba en los brillantes que cubrían su frente, y en las lágrimas que surcaban sus mejillas, como otro adorno mas, porque eran de aquellas con que el corazón hermosea el rostro.

—¿Qué teneis? le dijo su marido con cariño.

No respondió.

—¿Temiais por mí en esta noche de espantoso temporal? Pues fuera temores, ya me teneis aquí sano y salvo, pésele á Satanás.

La hermosa castellana no respondía y seguía llorando, porque las lágrimas son hermanas bien avenidas; á una sigue otra, en pos de una van mil.

Pero él, á quien su ángel bueno había guardado en su corazón el amor á su mujer, como un áncoa de salvación, se afigió de verla llorar y la dijo:

—Contadme, señora, lo que os afige, y juro por mi espada enjugar vuestras lágrimas, si está en mi poder hacerlo.

(Concluirá).